

Ellas no podían levantar la vista...Un ensayo sobre la mirada y el colonialismo.

Karina Bidaseca.

Cita:

Karina Bidaseca (2007). *Ellas no podían levantar la vista...Un ensayo sobre la mirada y el colonialismo*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/258>

“ELLAS NO PODÍAN LEVANTAR LA VISTA... UN ENSAYO SOBRE LA MIRADA Y EL COLONIALISMO”

Karina Bidaseca

Investigadora del CONICET/Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires. Dra. de la Universidad de Buenos Aires. Profesora de Sociología. Directora del Proyecto Ubacyt S-825 “Comunidad y derecho a la tierra: órdenes jurídicos y procesos culturales silenciados”.

karinabidaseca@yahoo.com.ar

INTRODUCCIÓN

Sentirse exploradas y explorados por la mirada de Otro es una experiencia que nos puede inquietar, producir distintas emociones que pueden ir desde el amor al desprecio, al miedo y el odio racistas, las fantasías, fetiches y la fijación de identidades. Más aún, cuando en esa experiencia la desigualdad de los sexos y la cultura opresora se combinan en el cuerpo de una mujer perteneciente a la cultura oprimida, es decir, desde el lugar de la diferencia cultural.

Me propongo disertar sobre la *Mirada* como momento constitutivo de la diferencia colonial, de la sujeción universal, que es absolutizado por la violencia, para desde allí pensar la (im)posibilidad de lo que la corriente del giro descolonial denomina “descolonización del alma”. Es decir, el momento político de la emancipación de la dominación que implanta la mirada donde *la mirada es revertida* (Sartre, 1943 (2004) ¿Cómo es posible lograr la descolonización del cuerpo?

Me inspiro en lo que considero una experiencia límite, que pone al desnudo la colonización de los cuerpos que permanece casi indemne después de cinco siglos de opresión y explotación.

La escena cronotópica (Bajtín, 2002) está marcada por el relato de un médico ginecólogo, representante de la cultura científica occidental, que es convocado por una mujer kolla de la pequeña comunidad de Abra Pampa, en la Puna jujeña, que había logrado conectar la muerte de mujeres de cáncer uterino con la instalación de una minera a cielo abierto.

Siguiendo la propuesta de Aníbal Quijano (2000) y Walter D. Mignolo (2003), entre otros pensadores, el colonialismo actual se define a partir de una lógica de colonialidad que opera en tres niveles:

1. colonialidad del poder (de la economía y la política);
2. del saber (negación y silenciamiento de otras formas de pensamiento, de otras lenguas como las originarias);

3. del ser (subjetividad, control de la sexualidad y género).

Estos tres niveles que se retroalimentan descansan en el racismo y el sexismo. De ahí la necesidad de arribar a una epistemología que se proponga una descolonización del ser y el saber, para pensar las condiciones actuales de las culturas oprimidas históricamente.

CUERPOS COLONIZADOS

Escena cronotópica

Rosario Quispe es una mujer coya de la Puna jujeña. Fundó la Asociación Warmi Sayajunqo (que en quechua significa "Mujer Perseverante") para defender a las comunidades de la zona. En 1997 ganó el premio de la Cumbre Mundial de Mujeres con sede en Ginebra. Recibió apoyo de la fundación Suiza Avina para organizar un sistema de créditos basados en la confianza. Terminó investigando la muerte por cáncer de una tía y supo que era un caso más. La Warmi Sayajunqo realizó una encuesta sobre 1.800 mujeres. El resultado fue inesperado: 30% tenía lesiones precancerosas; 480 tuvieron que ser sometidas a criocirugías y un puñado de ellas (entre 25 y 28 años) tenía desarrollada la enfermedad. "Son los desechos de estas minas -dice Rosario- que quedan a cielo abierto. Convivimos todos los días con ellas. Mina Pirquita, El Aguilar, todos siguen abiertos. Y nosotros tomamos agua de pozo, caminamos, comemos de ovejas que caminan allí". En la Quebrada, el cáncer de cuello de útero (enfermedad controlable y de posible detección precoz) se tornó un fantasma temible asociado con la muerte: "Un día de 1992 en la localidad de Abra Pampa a 3.400 metros sobre el nivel del mar conocí a Rosario Quispe. Me dijo que las mujeres se morían de cáncer y me pidió ayuda. Como médico sentí que yo era parte del problema y me pregunté cómo cambiar la situación, entonces le prometí que si lograba reunir a varias mujeres *subiríamos* a atenderlas. Llegar hasta allí no es sencillo, pero a la semana fuimos y encontramos a 300 mujeres paradas esperándonos. Los comienzos fueron terribles. Pusimos una lámina con el aparato reproductor femenino *y ellas ni nos miraban, por vergüenza, por el choque cultural, por mil razones, habían caminado horas para llegar, pero no podían levantar la vista*. Luego de varios sábados el curso fue un éxito. Hoy es común que ellas nos pidan un papanicolaou (citología cervicovaginal)". El que habla es Jorge Gronda, médico ginecólogo nacido en la provincia de Jujuy, noroeste de Argentina. (Página/12)

Esa *experiencia límite* las enfrenta a las mujeres perteneciente a los pueblos originarios a las marcas de un cuerpo colonizado en el que "sabiamente se les había inculcado el miedo, el complejo de inferioridad, el temblor, la genuflexión, la desesperación, el servilismo", como expresara el poeta de la Isla Martinica Aimé Césaire en su *Discourse sur le colonialismo* (1955).

Ellas se topan con muros culturales, lugares en que sus cuerpos *marcados* por la dominación del colonialismo son expuestos a la *mirada colonial*. La Mirada, a la que Frantz Fanon refirió como “violencia terapéutica”, la *mirada colonial, la opresión de ser vista/o*, de ser *objeto* de la mirada del otro. Un abismo temporal se abre en el instante de decisión del sujeto sujetado: el gesto que implica tener que *levantar la vista*, vencer la sensación de vergüenza y enfrentar la *mirada* del médico. Subjetividades enajenadas que se componen en el acto de ser articuladas en un cuerpo colectivo, que pueden mirarse en el espejo del opresor y componer desde la diferencia cultural un texto post-colonial.

A propósito cito el relato de la propia experiencia vivida por Fanon en su libro *¡Escucha blanco!*:

“...Y después un día, *hubimos de afrontar la mirada blanca*...

Mira un Negro! Era verdad. Yo me divertía.

Mira un negro! El círculo se estrechaba poco a poco. Yo me divertía abiertamente. Mamá, mira el negro, tengo miedo! Miedo! Miedo! Quise divertirme hasta hartarme, pero esto ya no sería posible. Ya no sabía porque ya por entonces sabía que existían leyendas, historias, la historia...

Paseaba sobre mí una mirada objetiva hasta que descubrí mi negrura, mis caracteres étnicos. Me rompieron los tímpanos: la antropofagia, el atraso mental, el fetichismo, las taras raciales, los negreros, y sobre todo, sobre todo: Al rico plátano!

Qué otra cosa podía ser esto para mí sino una rotura, un desgarramiento, una hemorragia que coagulaba sangre negra por todo mi cuerpo?

Ya lo habrán notado: esto era sólo la primera fase, la primera `estación´, pero ya el negro se ve desalojado de su propio equilibrio. Ya sin embargo, se ha requerido de él algo más que un simple asentimiento a este hecho brutal, algo más que la simple constatación al lenguaje blanco: Mira un negro! Era `un negro´ y lo admitía. (...) Pero además tenía que reconocer que eso era un mal. Era necesario que lo declarase, lo confesase: era culpable por negro; ante el mundo este hecho suponía una maldición, este `dato´ un destino, esta negrura contingente una tara esencial”. (Fanon, 1970: 10)

LA MIRADA Y EL DERECHO A LA MIRADA

La Mirada fue objeto de tratamiento de Jean-Paul Sartre en *El ser y la nada* (1944) como aquella que postula mi relación inmediata con los otros; pero que mediante una inversión, la experiencia de ser mirada/o pasa a ser primaria y mi propia mirada se transforma en una reacción secundaria (Jameson, 1999).

Sartre en los años de 1960, deja inconclusa su *Crítica de la Razón Dialéctica* y, en cierto sentido, vuelve a la estructura conceptual del *Ser y la Nada*: en las

relaciones concretas con el otro, “el conflicto es el sentido originario del ser-para-otro”. Sartre describe, en las relaciones concretas con el otro, el antagonismo por el reconocimiento de la propia subjetividad frente a la subjetividad del otro.

La mirada del otro enajena mi libertad; porque me transforma en una cosa distinta de mi-ser-para -si; pero también produce en mi un sentimiento “revolucionario”, la vergüenza, y me obliga a elegir entre someterme o someterlo, recuperando mi libertad (Jameson, 1999). Fanon dice que hay que desamarrar, soltar al hombre (y a la mujer, por supuesto!).

En esa dialéctica contradictoria de miradas (de clase, de sexo, de raza, de género) las mujeres de la Puna han logrado arrancar las barreras, del encierro de su cuerpo, del sujeto escindido, de revelarse al otro, el gesto de *devolver la mirada*. Alcanzaron escapar desde su agencia al renunciamiento, imponiendo a la invisibilidad el derecho de un lugar de enunciación, de ser escuchadas, aunque comprometiendo a su cuerpo racializado al extrañamiento de la medicina occidental y al conocimiento científico que fija la diferencia cultural.

Una vez más y siempre, recordemos que estos pueblos que fueron colonizados y objetos de genocidio y etnocidio no han extraído más que sufrimiento de la modernización. La modernización los arrojó al vacío aportando un dolor insoportable.

Lo que se ha producido es un profundo proceso de enajenación, una fractura entre el Sujeto y el Objeto. Los sujetos sociales desconocen el mundo que se les presenta amenazante. No es otra cosa que hablar de la escisión del Sujeto que produce la mirada.

La socióloga Silvia Rivera Cusicanqui (1997) vincula la subyugación de la mujer boliviana a partir de la modernidad reciente con la opresión de los pueblos indígenas y la discriminación hacia quienes exhiben rasgos residuales de las culturas nativas.

Según Rivera, “las mujeres conservaban en los Andes un espacio de poder a través del desempeño como agricultoras, organizadoras del ciclo doméstico, tejedoras y ritualistas. Nunca fueron segregadas en sus comunidades hasta entrada la modernidad, cuando fueron desprovistas de la voz pública propia y accedieron a una forma degradada y restringida de ciudadanía. Obligada a adquirir los rasgos culturales de Occidente, la mujer boliviana (indígena, chola o birchola) ha prolongado su status subalterno, y en su afán de acceder al mundo mercantil y social dominante, se ha convertido en emblema de una etnicidad excluida. A fuerza de buscar un espejo en Occidente, terminó representando sus rasgos en forma arcaica y caricaturesca, cercándolas en un estrato a medias en el camino de la occidentalización y la ciudadanía”.

Las mujeres de los pueblos originarios tributaron sexualmente a los conquistadores, quienes se adueñaron de sus cuerpos, y de su capacidad reproductora y su capacidad económica.

Gran parte del movimiento de pueblos originarios piensa el problema de la descolonización en un contexto global, donde ya no se trata de echar afuera al colonizador. Más bien, el proceso de la descolonización se basa, por un lado, en la descolonización del alma; es decir, en contrarrestar los efectos auto-denigrantes del colonialismo y su legado en el presente y, por otro lado, de integrar la modernidad/ colonialidad y sus representantes a un orden alternativo. El líder político aymara Felipe Quispe lo formuló como la tarea de "indianizar al q'ara." (Sanjinés, Mestizaje 165, citado por Schiwy, 2005).

Nos queda pensar en el "derecho a la mirada". Quién es el que permite mirar y ser mirada/o, ¿hay alguien que otorga este derecho o debe ser reclamado, arrebatado?

Fernando Buen Abad expresa que "Mirar no implica actuar, (al menos no implica relacionarse). Entre uno y otro momento se entabla una dialéctica contradictoria de miradas que son de clase siempre. ¿Quién mira, cómo mira para qué mira?, (...) Es falso que no se pueda teorizar críticamente sobre la "mirada", es falso que esta sea poseedora de un principio autónomo de objetividad, es falso que la "mirada" por sí satisfaga las necesidades principales de cualquier relación humana. *La mirada es sólo un momento de un proceso que queda incompleto si no pasa a categorías superiores de la lógica como la praxis.* "Mirada" no es sinónimo de claridad, reflexión, legibilidad no objetividad. Ni siquiera para el voyeurismo más patológico. Ninguna mirada es de hecho pasiva. El que mira lo hace armado con una red social que lo acompaña en la experiencia particular pero que cobrará sentido sólo en el marco de sus dispositivos de clase, de la conciencia que de eso tenga y de cómo se predispone para la producción de sentido. Nadie lee sólo con la mirada y no basta mirar para entender."

En la mirada no hay mediaciones, no hay traducción. Con ella se rompe esa fascinación por lo universalmente traducible, y en ese sentido podríamos decir que Mirada se acerca a la experiencia de lo poético.

Rescatamos el pensamiento de Benjamin, cuando dice que "una traducción perfecta, una comunicación plenamente transparente sólo está reservada a Dios, a los mortales sólo nos está permitido reescribir incansable y fallidamente al Otro", con la constricción de no poder necesariamente inscribir ese resto incodificable que el Otro arroja (citado por Grüner, 2002: 331).

Claramente la cultura occidental es logocéntrica, somos cultura de palabras. Hay otras culturas que cultivan el silencio (recordemos cuando el EZLN dice: "*Permanecemos callados durante 500 años...*"), u otras formas: la poesía, la espiritualidad...

Así por ejemplo, Homi Bhabha señala el concepto de “extranjería de los lenguajes” de Benjamin, con el cual se acerca a describir la performatividad de la traducción como una puesta en escena de la diferencia cultural. La argumentación comienza con la sugerencia de que Brot y pain refieren al mismo objeto, pan, sus modos de significación discursivos y culturales entran en conflicto entre sí y luchan por excluirse uno al otro. El elemento extranjero “destruye las estructuras originales de referencia y también de comunicación de sentido”. Así, estableciendo una analogía entre la mirada y la lengua, al porvenir de la cultura opresora interviene de igual modo como una extranjería de lenguajes, y lo que irrumpe es la desigualdad, la interiorización, la reproducción del estigma.

Este ensayo que piensa un tratamiento al género no como una dimensión más, sino como clave para pensar “la descolonialidad del ser, saber y poder”, trata de poner *en crisis* aquella pretensión universalista de un pensamiento que hemos llamado “eurocéntrico”.

Y por otro lado, de cuestionar el vínculo entre cuerpo y conocimiento, un sistema que intersecta la dominación, la opresión y la subordinación a partir de la organización de las mujeres pertenecientes a las culturas oprimidas y critique todos los patriarcalismos. Que logre superar la profanación de su cultura sin caer en nuevas violencias enmascaradas.

BIBLIOGRAFÍA

Bhabha, Homi (2002) *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Ed. Manantial.

Buen Abad, Fernando (s/f) “Filosofía de la Imagen documental” www.documentalistas.org.ar/nota-textos.tml

Cusicanqui, Silvia Rivera (1997) “La noción de “derecho” o las paradojas de la modernidad postcolonial: indígenas y mujeres en Bolivia”, en *Temas Sociales*, revista de Sociología Universidad Mayor de San Andrés, N° 19, La Paz (Bolivia), mayo.

Fanon, Frantz (1970) *¡Escucha, blanco!* Barcelona, Ed. Nova Terra.

Grüner, Eduardo (2002) *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Ed. Paidós.

Jameson, Frederic (1999) *El giro cultural*, Buenos Aires, Manantial.

Mignolo, Walter (2003) “Introducción”, en Sciwy, Maldonado y Mignolo *(Des)Colonialidad del ser y del saber en Bolivia*, Cuaderno N° 1, Buenos Aires, Ed. Del Signo y Duke University.

Quijano, Aníbal (2000) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Lander, Ed. (comp.) La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas, Buenos Aires, Ed. CLACSO.

Sartre, Jean-Paul (1943- 2004) *El ser y la nada*, Buenos Aires, Losada.

Schiwy, Freya (2005) “La otra mirada. Video indígena y descolonización”, www.miradas.eictv.co.cu.